



Ven
a Cristo hoy

Número 86

Cuando Cristo murió...
¿Estabas tú ahí?



¿Estabas ahí cuando crucificaron a mi Señor?

¿Estabas ahí cuando crucificaron a mi Señor? [*“Were you there when they crucified my Lord?”*] Así, con su particular profundidad emotiva, cantaban los esclavos africanos aun desde su dolorosa condición, pero también estremecidos por la implicancia de la pregunta. Todavía se sigue entonando ese antiguo himno y todavía la pregunta espera la respuesta de cada uno. ¿Estabas ahí cuando crucificaron a mi Señor?

Hasta el día de hoy se disputa la autoría del mayor crimen de todos los siglos: “¿Quién mató a Jesús?” La pregunta intenta disfrazar la real y necesaria profundidad para una respuesta sincera.

Cuando Pablo habla sobre este punto cardinal de la doctrina cristiana, declara enfáticamente: “*Cristo murió por nuestros pecados*” (1 Corintios 15:3).

¿Cristo murió por nuestros pecados! (eso incluye mis pecados y tus pecados). Con esa declaración nos incriminamos por la muerte de nuestro Señor. Por eso es tan válida la pregunta del espiritual africano y tan necesaria nuestra respuesta.

¿Cómo —de qué manera— estuvimos allí?

Cuando medito sobre este hecho ocurrido hace más de veinte siglos descubro que Judas, con su traición, representa cada una de nuestras infidelidades, traiciones, deslealtades.

Pedro es recordado por su hora de mayor desafío, pero también por su patética cobardía. Sin embargo, ¿cuán valientes hemos sido nosotros para demostrar nuestro amor y fidelidad al Señor en situaciones en que peligraba no ya nuestra vida, sino simplemente nuestro prestigio, honestidad o amor propio? No estoy hablando de consignas, ni

proclamaciones de labios que más tarde se diluyen vergonzosamente a la hora de la verdadera prueba. También estaba nuestra cobardía presente en la negación de Pedro.

Así también podemos identificarnos con Poncio Pilatos y sus manejos políticos, con el cinismo de Herodes viendo a Jesús como objeto para un espectáculo, con la cruel soldadesca que desgarró aquel cuerpo inocente y aun con aquel condenado que, desbordado de perversidad desde su propia condenación, blasfemaba contra quien por él moría.

Cuando reflexiono en eso, a veces tiemblo... (*“Oh, sometimes it causes me to tremble, tremble, tremble”*).

No podemos imaginar los hechos del Calvario sin vernos allí, en el brazo ejecutor de los soldados romanos, en la burla cruel de los sacerdotes, en la morbosidad de la chusma disfrutando el espectáculo, en el temor paralizante de aquel discípulo que había exclamado teatralmente: “*Vayamos también nosotros, para morir con él*” (Juan 11:16).

Si, estábamos allí, en cada clavo y en cada espina, en cada frase hiriente y en cada silencio culpable. Pero también estábamos allí en cada pecado que Cristo asumió como propio, para que en Su sacrificio todos nosotros podamos acceder a Su bendito perdón.

Haz esta oración: *Bendito Jesús, te pido perdón por todos mis pecados que te llevaron a la cruz, porque sé que si llegaste hasta allí fue para pagar el precio de mi culpa y darme la gracia de tu perdón. Jesús, te reconozco como mi Salvador y mi Señor. Amén.*



El día en que murió la muerte

*Cuando lo corruptible se revista de lo incorruptible, y lo mortal,
de inmortalidad, entonces se cumplirá lo que está escrito:*

“La muerte ha sido devorada por la victoria”.

*“¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?”
El aguijón de la muerte es el pecado y el poder del pecado es la ley. Pero gra-
cias a Dios, ¡que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo!*

Pablo (Siglo I en 1 Corintios 15:54–56)

*“En la cruz... ¿fue Cristo el que murió... o fue la muerte la que murió en
Él?... ¡Oh, qué muerte... que mató a la muerte!”*

Agustín de Hipona (Siglo V aproximadamente.)



La discípula madrugadora

“El primer día de la semana, muy de mañana, cuando todavía estaba oscuro, María Magdalena fue al sepulcro y vio que habían quitado la piedra que cubría la entrada”

(Juan 20:1, NVI).

Primera noticia: ¡Robaron el cuerpo del Señor!

Es de imaginar la impaciencia de María, a la que llamaban Magdalena (para diferenciarla de las otras “Marías”: la madre de Jesús y la madre de Juan Marcos). Habían decidido ir juntas al sepulcro, pero esta María se adelantó y llegó sola hasta él. Todavía estaba oscuro y no notó —hasta llegar al lugar—, que la enorme piedra con que el sepulcro había sido sellado no estaba allí. Su corazón se encogió de espanto pensando en lo que en ese

momento era lo más lógico: que la tumba había sido profanada, haciendo desaparecer el cadáver de su Señor.

María Magdalena corrió como nunca, jadeando y tropezando hasta llegar a la morada de los discípulos, allí se topó con un adormilado Pedro y le dijo: “*¡Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde lo han puesto!*” (Juan 20:2, NVI).

Los discípulos corrieron a ver y corroboraron lo dicho por María. El desaliento invadió sus co-



razones, porque *“no habían entendido la Escritura, que dice que Jesús tenía que resucitar”*. Y así retornaron a su lugar.

Todavía llorando, llena de angustia, María se asoma y mira dentro del sepulcro, entonces ve dos ángeles sentados donde había estado el cuerpo de Jesús:

—¿Por qué lloras, mujer? —le preguntaron—. Es que se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto —les respondió. Entonces otro personaje se añade a la escena. María piensa que era el cuidador del huerto, por lo que le dijo: —Señor, si usted se lo ha llevado, dígame dónde lo ha puesto y yo iré por él. “¡María!”, le dijo el hombre, ¡era Jesús! Ella se volvió y exclamó: —¡Maestro! E intentó abrazarse a Sus pies, pero Jesús le dijo: *No me toques, porque todavía no he vuelto al Padre. Ve más bien a mis hermanos y díles: “Vuelvo a mi Padre, que es Padre de ustedes; a mi Dios, que es Dios de ustedes”*.

Segunda noticia:

Una vez más María recorre rápidamente el camino hasta donde se encontraban los discípulos. *“¡He visto al Señor! exclamaba, y les contaba lo que Él le había dicho”*.

Sólo comparable al aviso de los ángeles que anunciaron el nacimiento de Jesucristo, ahora, sin tantas luces ni brillos, es anunciada la resurrección de nuestro Señor Jesucristo. Dios quiso privilegiar a la mujer al ser la portadora de la gloriosa nueva. Pero también es una gloria que cada uno de nosotros la creamos y la proclamemos a todo el mundo.

“Ésta es la palabra de fe que predicamos: que si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor, y crees en tu corazón que Dios lo levantó de entre los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para ser justificado, pero con la boca se confiesa para ser salvo” (Romanos 10: 8–10, NVI).



El viejo y el joven

Cuando María llegó con la noticia de que el sepulcro del Señor estaba vacío, a todos se les ocurrió la misma idea: Su cuerpo había sido robado. Motivos no faltarían, pues los líderes religiosos estaban dispuestos a arrancar hasta sus cimientos a este incipiente movimiento religioso.

Si bien evitaban las calles más transitadas, siempre había el peligro de ser descubiertos y arrestados. Pero era una noticia importante que ameritaba el riesgo. Así Pedro y Juan salieron de la casa en que estaban refugiados y corrieron hasta el sepulcro. Juan, el discípulo más joven, era un adolescente y —por lo tanto— llegó primero, pero el temor o el respeto hicieron que aguardara al mayor. Pedro llegó y se *zambulló* dentro de la cueva que oficiaba de sepulcro. Efectivamente, estaba vacía, excepto por la mortaja del sepulcro.

Tal vez el discípulo joven tenía mejor vista o era más perspicaz. Él mismo dice que cuando finalmente entró al sepulcro *“vio y creyó”*. ¿Qué vio y creyó el joven discípulo? Pues que todavía permanecían en el sepulcro los lienzos de la mortaja funeraria.

Juan era el único discípulo que estuvo presente en la crucifixión de nuestro Señor. Fue testigo que posteriormente a ella, José de Arimatea solicitó la entrega del cadáver y procedió a la tarea de embalsamar el cuerpo. José y Nicodemo, otro discípulo secreto de Jesús, utilizaron aproximadamente 34

kilos de una mezcla de mirra y áloe que se iba untando a medida que envolvían el cuerpo con varios metros de lienzo.

Pero Juan vio el lienzo intacto y el sudario que cubría el rostro enrollado cuidadosamente en el lugar donde debía estar la cabeza de Jesús. ¿Cómo retiraron el cuerpo sin desarmar todo ese lienzo? Si robaron el cuerpo de Jesús, ¿no era más práctico llevar todo junto y luego deshacerse de ello? Juan *“vio y creyó”*, pero la idea de la resurrección apenas maduraba en su joven cerebro. Sin embargo, ese mismo día tendría la prueba palpable delante de sus ojos.

Al anoecer, estando ellos encerrados por temor a los enemigos de Jesús, el Señor mismo se apareció en medio de ellos con su saludo habitual: *“La paz sea con ustedes”*. Y les mostró las heridas de Sus manos y Su costado. Con el pasar de los días tuvieron varios encuentros con el Cristo resucitado. Durante los 40 días siguientes les dio un curso intensivo acerca del reino de los cielos. En algún momento advirtió cierto escepticismo en la mente de Sus discípulos y les reprochó su incredulidad, también el discípulo Tomás fue reprendido: *“No seas incrédulo, sino hombre de fe”*.

¿Eres tú una persona de fe? ¿Tienes un corazón confiado en el Cristo que padeció, murió y resucitó por tu salvación eterna?



Ven a Cristo hoy
es publicado por
Hispanic Word
58 Steward Street
Mifflintown, PA 17059
hispanic@en-marcha.org
717-436-9275

¿Deseas conocer más del Señor?

Nos reunimos todas las semanas para estudiar la Biblia y aprender más del Evangelio. Estaremos muy contentos de recibirte entre nosotros.



Declaración Internacional de Misión

El Ejército de Salvación, movimiento internacional, es una parte evangélica de la Iglesia Cristiana Universal. Su mensaje está basado en la Biblia. Su ministerio es motivado por amor a Dios. Su misión es predicar el Evangelio de Cristo Jesús y tratar de cubrir las necesidades humanas en Su nombre, sin discriminación alguna.

Un océano de amor

**Sin límite océano de amor y salvación,
Jesús, desde el cielo, nos trajo redención,
su sangre preciosa él derramó por mí,
y fluye por todos y fluye por mí.**

**Son grandes mis faltas, mis culpas muchas son,
amargo mi llanto y dolor de corazón;
mas sólo hay limpieza en la fuente carmesí,
que fluye por todos y fluye por mí.**

**Mis muchas pasiones son fuertes, sin igual,
dominan mi alma y la arrastran hacia el mal,
mas bajo tus ondas la libertad yo vi,
que fluyen por todos y fluyen por mí.**

**Me siento tentado y lleno de temor,
mi vida es inútil, sin gozo, sin amor,
mas sé que la dicha yo encontraré en ti,
si sólo tus aguas, derramas sobre mí.**

**Ya escucho de Cristo la amante y tierna voz,
y aumenta mi fe en el poderoso Dios;
ya fluyen sus aguas divinas sobre mí,
sí, fluyen sus aguas, sí, fluyen sobre mí.**

**Y ahora, ¡aleluya!, mi vida emplearé
su gloria anunciando, doquiera yo esté,
pues esa corriente de sangre carmesí
que fluye por todos, fluyendo está por mí.**

William Booth, fundador del Ejército de Salvación.

